

distincion acudirá á la reina pidiéndole el destierro de su confesor; S. M. sin tener á donde volver los ojos aceptará, y en tal caso ya nada os ligará en la corte, por el contrario, porque entonces ya nada os valdrá vuestra esposa. D. Fernando, os ofrezco una felicidad y un amor sin límites, ¿creeis que alguna mujer pueda amaros como os amo yo? ¿creeis que alguna mujer pueda haceros gozar como yo?

—Señora—esclamó Valenzuela—¡por piedad! casi me es imposible resistir.

—Y no resistirás—esclamó D^a Inés arrojándose á su cuello, y separándose violentamente luego—D. Fernando, preparaos para ser muy feliz en la nueva España.

Valenzuela quiso contestar pero D^a Inés habia ya desaparecido.

—El caso es de los mas comprometidos—pensó Valenzuela—esta mujer será capaz de hacerme sucumbir, porque hay desgraciadamente la circunstancia de que es una dama de todo mi gusto..... en fin, ya veremos, por ahora se ha obtenido la ventaja de saber cuanto se prepara contra el padre Nitardo; creo que ha dicho bien S. E.: esta tempestad no la conjura.

Y D. Fernando se encaminó en busca del Reverendísimo padre para darle cuenta de sus descubrimientos, decidido por supuesto á ocultarle el resto de su conversacion con D^a Inés.

XVII.

De como salió desterrado de España el E. S. Juan Everardo de Nitardo, de la compañía de Jesus, Inquisidor general de los reinos y señoríos de S. M., Consejero de Estado de la junta de gobierno, confesor de la Reina Doña María Ana de Austria, &c., &c.

L príncipe D. Juan seguía avanzando con sus tres compañías y como si viniese al frente de un poderoso ejército, la consternacion se habia apoderado de todos los ánimos en Madrid.

Los partidarios de D. Juan cobraban nuevos bríos, á medida que decaía mas el ánimo de los del confesor de la reina; los indiferentes se hacian en aquellos momentos defensores del príncipe, y la reina no sabia en tales circunstancias mas que lamentar la suerte que aguardaba al padre Nitardo.

Por aquella época, el cardenal Borromeo era en España el nuncio de S. S., y en aquel trance la reina y su confesor pensaron ocurrir á su intercesion para con el príncipe, y encargarle llevase á éste una carta del Papa en que le recomendaba que tuviese toda clase de obediencia y miramientos para con la reina.

D^a Inés se apercibió de esto, y mandó en el momento llamar á su padre el marqués de Rio-florido.

—Acabo de descubrir—le dijo—que se trata de enviar al nuncio de Su Santidad, para calmar al príncipe y comprometerlo á que se retire á Guadalajara dando un plazo á S. M. para pensar detenidamente acerca de la separacion del padre confesor: lleva una carta de Su Santidad, si se pierden estos momentos, despues será ya imposible conseguir nada.

—Pero eso casi no tiene remedio—dijo el marqués.

—Lo tiene; el nuncio no profesa gran cariño al padre Nitardo; si él en vez de traer noticias favorables, las trae adversas, el padre se retirará; yo misma le he visto á los piés de S. M. pidiéndole con lágrimas que le permita separarse, que no lo esponga á la cólera del príncipe: no hay, pues, mas dificultad que inclinar el ánimo de S. M.: un impulso mas y el favorito rodará.

—Tienes razon, voy en este momento á procurar que se incline el ánimo del cardenal, supuesto que de él depende todo.

—No perdais un momento, señor, porque pronto debe salir.

El marqués fué en busca de sus amigos, y D^a Inés volvió á observar lo que pasaba por las habitaciones de S. M.

D^a Eujenia no se apartaba del lado de la reina, y D. Fernando esperaba en la antesala al padre Nitardo: allí le encontró D^a Inés.

—Valenzuela—le dijo al pasar—pronto estareis libre de un compromiso, pensad en el otro que habeis contraido conmigo.

D. Fernando no encontró ni qué contestar; aquella mujer habia acabado por fascinarlo, como una serpiente á un colibrí.

El cardenal partió llevando la carta del Papa, y la corte quedó en la mayor ansiedad.

La noche se acercaba, pero el campo del príncipe no estaba mas que á cuatro leguas de Madrid, y el nuncio debia volver en la misma noche.

D. Juan de Austria tenia ya una verdadera corte; los amigos mas íntimos desertaban del lado de la reina y del favorito, y se acercaban á recibir la luz del astro nuevo.

Para la nobleza, D. Juan iba á ser muy pronto el verdadero rejente del reino.

De él esperaban ya sacar mas ventajas y comenzaban á adularlo.

Para el pueblo no era aquello mas que el cambio de una decoracion en un teatro: iban á cambiar de amo.

Estaban gobernados por la estola y el bonete.

El nuevo dueño tenia broquel y espada.

Era el paso de la sacristía al vivac, de la teocracia al cesarismo.

Pero para los primeros todo era igual; cuando mas cambiarian las costumbres de palacio, y esto era simplemente una novedad y una diversion.

Las guerras entre los favoritos son como los eclipses de sol para los pueblos oprimidos.

Un momento de penumbra:

Sueñan en un nuevo sol, y sigue el mismo; un instante despues como si nada hubiera pasado.

Entonces era la lucha de dos personas, en que no se interesaba ningun principio.

Hoy los principios luchan, y las personas no pesan en esa balanza sino como los porta-estandartes, y el dia que arrojan su bandera pesan menos que el viento.

D. Juan de Austria estaba rodeado de nobles y caballeros: el camino de Madrid presentaba una verdadera lección.

Casi todos caminaban para el campamento del príncipe. Nadie volvía á la corte sino enviado por él.

En medio de aquel concurso se presentó repentinamente el cardenal Borromeo; todo el mundo comprendió que llevaba alguna importante misión de la reina, y el príncipe y su secretario se apartaron con él y se encerraron en una estancia.

Las horas pasaban; en la corte nadie se había acostado; con febril impaciencia se aguardaba la vuelta del cardenal, y la reina, rodeada de algunas de sus damas, estaba silenciosa y sombría.

El padre Nitardo se paseaba en una estancia inmediata, sin más compañía que D. Fernando de Valenzuela que lo contemplaba melancólicamente.

Parecía que la corte entera estaba velando la última noche á la cabecera de un moribundo.

Se sentía ya el estertor de la muerte; se espía, por decirlo así el último suspiro de un hombre.

Y aquel hombre que iba casi á morir, era el padre Nitardo; la monarquía española estaba como pendiente del agonizante poder de un válido.

Porque aquello era un capricho Real en lucha con la voluntad de una nación, ó mejor dicho, de un príncipe poderoso y de una nobleza.

La España de hoy, en aquellas circunstancias, hubiera hecho con D.^a María Ana de Austria y con el padre Nitardo lo que hoy hizo con Isabel II y con Marfori.

Porque ya los pueblos conocen su poder, y saben que son pueblos. Entonces, y la culpa no era suya, la teoría del

derecho divino cubría no solo los caprichos, sino hasta los crímenes.

Los pueblos eran rebaños que Dios había dado á los reyes para esquilmarlos y sacrificarlos.

Ya comenzaba á amanecer cuando el cardenal Borromeo se presentó en Madrid de vuelta de su comisión, y se encerró con S. M. y con el padre Nitardo.

La respuesta que él estaba dando á la reina y al confesor, secretamente y en nombre del príncipe, volaba ya de boca en boca, y se transmitía de palacio á la ciudad.

Alguno habría podido notar que el cardenal hablaba en voz baja al subir las escaleras con el marqués de Rioflorido.

Y luego las primeras personas que supieron lo que D. Juan de Austria decía, lo oyeron de la boca de D.^a Inés de Medina.

El príncipe no se había querido docilitar ni con la carta del papa, ni con los razonamientos del nuncio; su respuesta era ya una amenaza:—"Decid á la reina," había dicho, "que si el padre Nitardo no sale por la puerta inmediatamente, mañana iré yo mismo á arrojarle por la ventana."

Esto era lo que el cardenal había repetido á la reina. El padre Nitardo se retiró á su aposento, en el colejo de los jesuitas, y la reina quedó entregada verdaderamente á la desesperación.

Entre tanto, D.^a Inés había puesto al tanto de lo que pasaba en palacio, á todos los partidarios del príncipe, y una inmensa multitud se apiñaba en la plaza y penetraba aun á los patios y corredores, pidiendo á gritos la destitución del favorito.

El Consejo se había reunido; los ministros estaban verda-

deramente alarmados, y por fin, tomaron una resolución estrema.

D. Blasco de Loyola, pálido y conmovido, atravesó por en medio de aquella multitud llevando un papel en la mano, y se entró en la cámara de la reina.

Todos entraron entonces; aquel hombre parecia llevar en su mano el término de aquella situacion: á nadie habia dicho una palabra, pero todos lo adivinaban.

La reina estaba sombría, y recibió á D. Blasco casi sin contestar á su saludo.

—¿Qué quieres? preguntó.

—Señora—dijo vacilando D. Blasco—un decreto del Consejo para la firma de V. M.

—¿De qué trata?

—Es señora . . . una orden . . .—D. Blasco apenas se se atrevia á hablar—para que salga de Madrid dentro de tres horas el confesor de V. M.

—Dámela.

La reina tomó el decreto, leyóle con gran serenidad y firmó.

—Ahora escribe—dijo á D. Blasco presentándole un papel.

Loyola se dispuso á escribir y la reina dictó:

“El padre Juan E. Nitardo de la compañía de Jesus, mi confesor, Ministro de Estado é Inquisidor jeneral, me ha suplicado le permita retirarse de estos reinos, y aunque esté yo tan satisfecha, cual no puedo estar mas, no solo de su virtud y demas prendas en él muy apreciables, sino del celo y aplicacion, con que ha trabajado en servicio de esta corona; no obstante, habiendo considerado y atendido á sus instancias y ruegos, y por otras justas razones, he ve-

nido en concederle la licencia que pide, para que se vaya donde gustare y fuere servido. Y como es mi ánimo se ejecute esto en el modo que piden su dignidad y méritos, he discurrido ser muy del caso elija la calidad de embajador extraordinario en Alemania ó en Roma, reteniendo todos sus empleos con los honores á ellos afectos.

Dada en Madrid á 25 de Febrero de 1669.”

D^a María Ana de Austria tomo una pluma y puso al calce, *Yo la reina*, y luego señaló á D. Blasco la puerta.

D. Blasco salió inclinándose humildemente y se dirigió al consejo á dar parte de su comision.

Apenas Loyola habia desaparecido, la reina no pudo contenerse ya mas, y en medio de sollozos, provenidos mas bien de su orgullo herido y de la gran contradiccion que experimentaba, esclamó:

—¡Ay! ¡ay! ¿de qué me sirve ser reina y ser rejenta?